

El doctor, como hombre de ciencia, examinaba á la infeliz con profunda atencion.

Ésta, muda y sombría, contemplaba á todos con asombro, revelando su fisonomía una espresion muy marcada de imbecilidad.

—Y diga V., preguntó Blanca al conserje: ¿qué hicieron con ella los sepultureros?

—Una tontería; en igual de apartarla de aquel sitio que la habia horrorizado una vez, haciéndola desmayarse, la dejaron allí, y cuando recobró los sentidos, encontrándose medio tendida encima de un cadáver, se quedó rígida, fria, y fué acometida de una convulsion terrible. Entonces la llevaron al cuarto del conserje, donde se fué reponiendo poco á poco, recobrando la tranquilidad; mas no el habla, ni la memoria; porque desde aquel dia ha vivido como un autómeta, sin voluntad, ni entendimiento; se deja guiar por lo que la dicen, obedeciendo impasible, y haciendo, sin que se lo manden, todos los quehaceres de la casa.

—Pues eso es prueba de cordura.

—Sí, señora; solamente que hay dias en que se pone insufrible; empieza á lanzar una especie de rugido que dá miedo, va y viene, entra y sale, se marcha al campo, donde corre, corre, hasta que se cansa, y luego llega rendida por la fatiga, se acurruca en una estera y permanece allí hasta que se le pasa la furia.

—¡Qué lástima de muger!.... ¿y no se ha sabido quién es, ni si tiene familia?....

—No, señora; ni era fácil averiguarlo en aquella confusion, cuando se hacinaban los cadáveres en los cementerios, porque morian á centenares, ¿quién se cuidaba de nada ni de nadie? Aquí los iban trayendo en carros segun los recogian de las casas, y los sepultureros les daban sepultura inmediatamente.

—¿Luego fué cuando el cólera el año 34?

—Sí, señora; el 17 de Julio.

—¡Oh! dia fatal. Tambien entonces murió el marqués de Blancarosa, cuyo panteon vengo á visitar.

—¡Oh! sí, señora, y una hija que tenia. Bien me acuerdo: juntos los trajeron en un coche, acompañándolos el actual marqués

y otro caballero. Yo era entonces supulturero, y por fortuna, me tocó poner la lápida en el nicho de la niña: digo por fortuna, porque recibia en pago de aquel trabajo una buena gratificacion.

Blanca, escuchando estas palabras, quiso aprovechar la ocasion que tan propicia se le mostraba, y exclamó:

—¿Cuánto le dieron á V. por su trabajo? vamos á ver.....

—Un napoleon, que no es poco en los tiempos que corremos y mucho mas en aquellos de cólera y confusiones.

—¡Qué miseria! ¿y á eso llama V. buena gratificacion?

—Para un pobre que está ganando un jornal de dos pesetas, no es poco.

—Pues, amigo, por esa misma operacion, practicada en este momento á la luz de esos hachones, daría yo, no un napoleon, sino doscientos, y no habia de ser moneda francesa, no estoy por lo extranjero; hermosos columnarios de Isabel II, como estos que tengo el gusto de regalarle en pago de esas luces con que nos alumbramos y de la molestia que le ocasionamos.

Diciendo esto, la hermosa jóven sacó de un bolsillo diez duros y los entregó al conserje.

El pobre hombre, que seguramente no habria visto en su vida reunido otro tanto, la miró con asombro.

Ella, por no dar lugar á la perplegidad, adelantó con rapidez hácia el segundo patio, y como si hubiese visitado muchas veces aquellos sitios, encontró inmediatamente el panteon donde descansaban los restos de sus padres.

Allí estaba tambien el nicho en cuya lápida se leía:

«Aquí yace la señorita doña Alejandrina Lopez Mendoza, hija de los marqueses de Blancarosa: murió á la edad de doce años, del cólera, y al mismo tiempo que su padre, el dia 17 de Julio de 1834.

»Su desconsolado tio D. Alvaro Perez, actual marqués de Blancarosa, la dedica esta memoria.»

A continuacion se veía grabada en la piedra una preciosa corona dorada, tan primorosamente esculpida, que á pesar de haber trans-

currido quince años, se conservaba intacta con los demás adornos que rodeaban la tumba.

—Esta es la sepultura que deseo ver abierta y cerrada despues á mi presencia; la recompensa ya sabe V. cuál es, cuatro mil reales; ¿le acomoda?

Viendo que aun vacilaba, volvió á esclamar con viveza:

—Vamos, las resoluciones prontas..... quiero ver en el estado en que se encuentra ese cadáver.

—¿Y es indispensable que sea ahora mismo? preguntó el interino conserje vacilando, si bien pensando con delicia en los doscientos duros prometidos.

—En este momento.

—¿Y no se sabrá? ¿no puede resultar para mí ningun perjuicio?

—Absolutamente ninguno; si V. no lo dice, el secreto quedará inviolable, dijo Blanca.

El doctor negro exclamó tomando por la primera vez parte en el diálogo:

—No se apure V. E., que si el señor teme comprometerse, le quitaremos de enmedio y haré que los lacayos quiten y pongan la losa en un abrir y cerrar de ojos, quedando así satisfecho el capricho de la señora condesa, sin que tenga necesidad de desprenderse de ese dinero.

Apenas el conserje oyó estas palabras, por las que conoció la decision y categoría de la ilustre dama, se apresuró á replicar:

—¡Ah! ¡no, por Dios!... yo estoy pronto á complacer á V. E.

—Bien; pues manos á la obra.

—Tengo que ir por la piqueta.

—Vaya V., doctor; hágame V. el obsequio de alumbrarle; aquí con un hachon basta.

—No es necesario; sé dónde están todas las herramientas y puedo ir á oscuras; además, la luna es bien clara y bastan sus rayos para distinguir los objetos que voy á buscar, dijo el antiguo sepulturero dando el hachon que tenia en la mano á la pobre idiota, que se reunió con los dos.

—Vamos, ande V., que hay prisa, le dijo el doctor echando delante.

El tono con que pronunció estas palabras no admitia réplica; el sepulturero, conociendo que no querian perderle de vista, obedeció sin replicar, desapareciendo con el sombrío personaje á lo largo de las fúnebres galerías.

Blanca quedó sola con la idiota.

Su mirada, siempre escudriñadora y altiva, se fijó en ella con alguna detencion, encontrando en la abatida y estúpida fisonomía de la infeliz ciertos rasgos característicos sumamente marcados, que revelaban una distincion y un origen elevado.

La encontraba muy parecida á una persona que habia visto muchas veces, pero que no podia recordar quién era, ni dónde estaba.

—¡Oh! ¡esta fisonomía!.... yo la conozco, yo la conozco..... murmuró dándose un golpe en la frente como para llamar en su ayuda á la memoria.

Con el objeto de ver si daba alguna señal de inteligencia, la pidió uno de los hachones que tenia en cada mano, acompañando á la palabra el ademan de tomarle, á lo cual la pobre muger se lo alargó con timidez y mirándola fijamente.

—¡Oh! aquí hay accion; luego la inteligencia no está muerta, se dijo Blanca rechazándole con suavidad y haciéndola seña para que le colocase junto á un nicho.

La idiota obedeció, permaneciendo inmóvil con el otro.

—Alúmbrame, voy á leer esta inscripcion, la dijo Blanca.

Tambien esta vez obedeció, comprendiendo aquella orden, mas bien que por la palabra, por el gesto.

Precisamente y sin advertírselo, levantó la luz á la altura necesaria para leer en la lápida.

Era la de la sepultura de su madre; decia así:

«Aquí yace la Exma. Sra. Doña Clara Guatemala, condesa de Paraná, marquesa de Blancarosa, falleció á los 30 años de edad.»

—Basta ya, la dijo despues de haberla leído.

La idiota apartó la luz, volviendo á quedarse inmóvil.

—Aquí están ya los útiles necesarios, dijo el conserje soltándolos en el suelo.

El doctor llegó al mismo tiempo que él.

—Ante todo y antes de empezar la operacion, llévase V. á esta muger; no hay necesidad de tener testigos.

—No tenga V. E. cuidado; si la pobre Rosa-Pálida ni vé ni oye ni entiende.

—Se equivoca quien tal crea; esta infeliz entiende, oye y vé; solamente ha perdido la voluntad, la memoria y la voz, lo que cualquier accidente imprevisto puede hacerla recobrar, y recordando entonces lo pasado, refiera las escenas que haya presenciado; así pues, amigo doctor, hágame V. el favor de llevarla á la conserjería.

Blanca tomó el hachon que aquella conservaba en la mano, y haciéndola seña para que siguiese al médico, se puso ella misma á alumbrar.

Apenas desaparecieron, empezó el antiguo sepulturero la operacion de levantar la losa, lo cual consiguió á los pocos esfuerzos y gracias á la práctica que tenia en semejantes trabajos.

En tanto le contemplaba pálida y grave la animosa jóven, asemejándose en aquel sombrío lugar, con su trage blanco, el hachon en la mano, que la iluminaba por completo, y su actitud resuelta y firme, al ángel de las tumbas que se paseaba cabe las losas, velando el eterno sueño de los que allí reposaban.

Transcurrieron unos instantes de absoluto silencio, durante el cual volvió el doctor y la operacion quedó terminada.

Con impasible calma, el sepulturero puso la desprendida losa en un lado arrimada á la pared, rompió el frágil tabique que cerraba el nicho, y mostrando el ataud, se disponia á tirar de él para sacarle fuera.

Encontrando alguna resistencia, mas de la que esperaba segun la resistencia con que quiso estraerle, se volvió hácia Blanca y exclamó:

—¡Oh! pesa mucho, señora; esto es increíble.

—Ayudará á V., dijo el doctor echando mano á la caja.

Entre los dos la sacaron con el mayor cuidado, colocándola en el suelo.

—¡Ahora no tendremos llave! exclamó el doctor dirigiéndose á su prima y hablándola en un idioma desconocido para el enterador.

—Héla aquí, contestó ella en el mismo, presentándole una de plata.

El doctor la tomó, y abriendo el ataúd con segura mano, alzó la tapa, ofreciéndose á los atónitos ojos de los circunstantes el cadáver blanco y rígido de una hermosa niña.



CAPÍTULO II.

Rosa-Pálida.



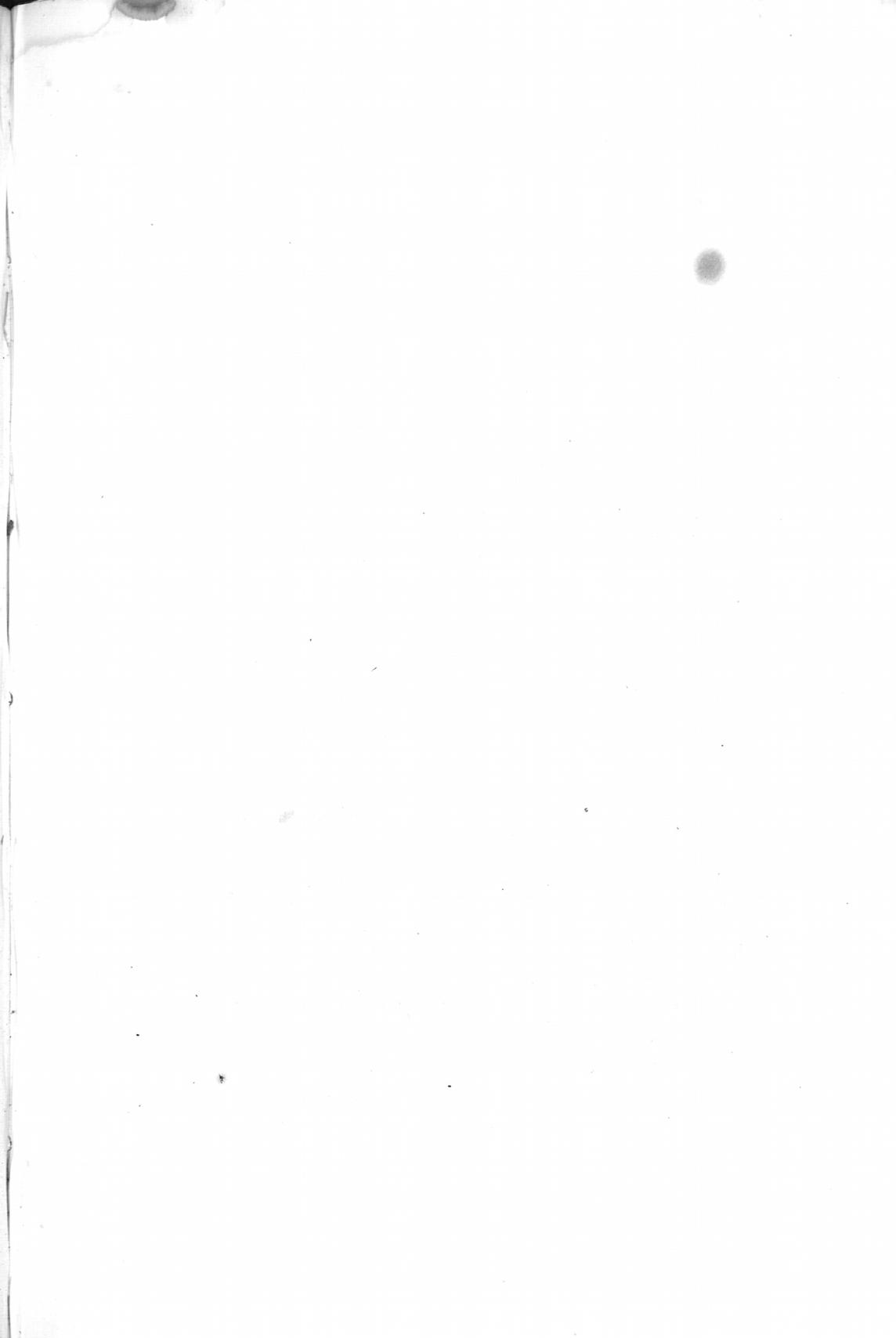
Los argentinos rayos de la luna, desprendiéndose de entre un grupo de nubes, penetraron en la galería, haciendo con su pálido resplandor mas fantástico aquel es-

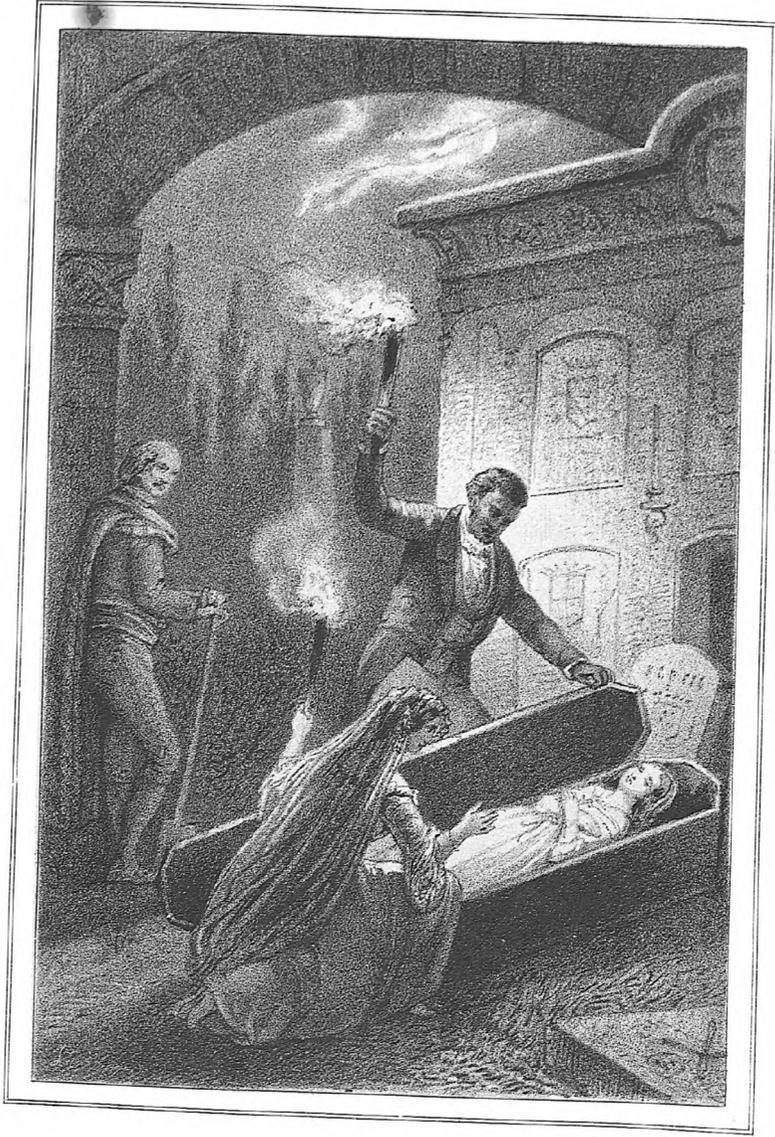
traño cuadro.

Al pié del nicho vacío estaba el ataúd abierto; veíase el cadáver mal tapado con unos restos de tela, que sería trage en otro tiempo, pero que despues de quince años habíase casi convertido en polvo.

A la derecha Blanca con un hachon en la mano, se habia arrodillado y le examinaba con curiosidad; á la izquierda el doctor inclinado hacía adelante, le miraba tambien con atencion, tocándole las manos y la cara, que encontró de una materia tersa y dura.

A los piés el conserje-sepulturero con los brazos cruzados y el asombro pintado en el rostro, contemplaba aquel grupo sin atreverse á decir una palabra por el involuntario respeto que habian llegado á inspirarle la opulenta dama y su negro acompañante.





Lit. Labielle, c. Mons^o 3.

Oh! qué es esto? dijo Blanca examinando el cadáver.

Blanca, venciendo la repugnancia que le inspiraban aquellos restos, levantó un pedazo de tela, y descubriendo un armazon de madera, se apresuró á descubrir mas, diciendo á su primo, en francés, á fin de que no lo entendiese el sepulturero:

—¡Oh! ¡qué es esto!... no los creí tan torpes.

—¡Toca aquí! ¡toca! exclamó el doctor.

—¡Qué manos! ¡qué cara!....

—¿Sabes de qué se compone este cadáver?

—De una materia bien estraña; el armazon es de madera, dijo examinándole con mas atencion.

—Y la cara, el pecho y las manos son de cera.

—Es una maravilla; y esta cabeza rodeada de un hermoso cabello rubio como yo le tenia en aquella época, está perfectamente hecha.

—De mano maestra; á cualquiera engañarian, no lo dudo, presentando esta figura como tu cadáver.

—Así lo hicieron.

—Con poco acierto en verdad; porque dejaron el cuerpo del delito, lo cual ha de redundar en perjuicio suyo.

—Francamente, primo: los creí mas sagaces, y habíame llegado á figurar que encontraría en este ataúd un esqueleto verdadero.

—Muy bien pudieran en aquellos dias, cuando tanta multitud de personas murieron, haber puesto un cadáver en igual de una figura de cera; á estas fechas estaria completamente descompuesto y no era tan fácil probarles su delito.

—No le encontrarían á mano, y el caso urgía; ellos necesitaban hacernos desaparecer á mi padre y á mí en aquel dia de tumulto y de confusiones, en que las autoridades no podian detenerse ni fijar su atencion en los pequeños incidentes.

—Y por salir del atolladero apelaron á este recurso, que ha de resultar en contra suya.

El sepulturero, que permanecia inmóvil, con los brazos cruzados, no pudo entender el diálogo que antecede ni tampoco apercibirse de la farsa que encerraba el ataúd. Si tuvo intenciones de acercarse, no lo hizo, porque el resuelto ademán de Blanca imponiéndole su

voluntad, le tuvo apartado á cierta distancia, desde la cual solo pudo observar con asombro que la entera descomposicion del cadáver no se habia operado todavia despues de quince años, puesto que la cabeza, la cara y las manos permanecian intactas.

—Esto está visto, exclamó Blanca levantándose; hemos concluido.

El doctor la imitó, dejando caer la tapa de la caja que habia estado sosteniendo. Luego echando la llave, se la dió á Blanca, diciendo en castellano:

—Puede V. E. guardarla para otra vez.

—¡Oh! sí, no será la última que vengamos á visitar estos restos de una persona que tanto amé.

—Mientras yo permanezca en este puesto, puede la señora condesa venir cuando guste, en la inteligencia de que procuraré complacerla en todo lo que esté de mi parte, contestó el interino conserje preparándose á colocar la caja en su nicho.

El doctor le ayudó á ponerla, mas bien que por prestarle un servicio, por evitar que la diese algun golpe, estropeando lo que contenia.

Media hora despues, estaba terminada la operacion, quedando el panteon como si nada se hubiera hecho en él.

Durante aquel tiempo, Blanca y el doctor estuvieron hablando en voz baja, tomando quizá una determinacion para lo sucesivo.

Cuando el sepulturero, tomando la piqueta y los demás útiles que habia llevado, dijo:

—Esto es hecho.

Blanca le contestó:

—¡Mil gracias!... hé aquí la recompensa de su trabajo.

—Ahora vamos á dar á V. un encargo, añadió el doctor:

—Los que quieran; estoy pronto á satisfacer todos sus caprichos, contestó loco de alegría, guardando el dinero que la jóven le daba y que habia ganado de una manera tan afortunadamente impensada.

—Pues bien, continuó Blanca; es indispensable que se constituya V. en esclusivo guarda de este panteon; pero velando siempre

y avisándonos enseguida que V. vea el mas pequeño incidente. Al efecto, desde hoy cobrará V. una pension mensual que le señalo, y de la cual no quedará descontento, exigiendo de V. únicamente que guarde el mas inviolable secreto acerca de lo que acaba de pasar.

—En cuanto á eso, puede V. E. estar tranquila, porque tambien está en mis intereses el guardarle.

La luna, como si tambien hubiera terminado su mision, dejó de iluminar el cuadro, ocultándose entre densos nubarrones que iban estendiéndose por grados y exhalando algunas luces fosfóricas, semejantes á fugaces relámpagos que anunciaban tempestad.

Un calor sofocante se sentia en el cementerio, no refrescando la atmósfera ni el mas ligero céfiro.

—¡Oh! ¡qué calma tan espantosa!... se parece á la que reina en esta triste mansion, dijo Blanca arrancándose con pena de aquellas tumbas donde descansaban los autores de sus días.

—Vámonos, señora, vámonos; esta atmósfera sofocante con las emanaciones de las tumbas es mal sana, y pudiera hacer daño á V. E., dijo el doctor.

—En cuanto á eso, no abrigo temor ninguno; porque soy fuerte á fuerza de luchar en este mundo en todos sentidos, física y moralmente; pero vamos, puesto que he terminado mi propósito y he rezado tambien por los que aquí reposan.

Se encaminaron á la puerta de salida.

El sepulturero iba delante. Allí se detuvo y con el sombrerero en la mano aguardó las órdenes que sus nuevos señores tuviesen á bien comunicarle.

La pobre Rosa-Pálida estaba acurrucada en un rincon junto á la puerta de la conserjería.

—¿Tendrá cura la enfermedad de esa infeliz, doctor? le preguntó Blanca fijando en ella una mirada compasiva.

—¡Quién sabe!... lo intentaremos, por lo menos.

—Sí; es preciso sacar á esa pobre criatura del idiotismo en que se halla sumergida, dijo Blanca.

Luego, volviéndose hácia el sepulturero, esclamó:

—¿Cómo se llama V.?

—Nicomedes Valor, para servir á V. E.; ese es mi nombre; pero mis compañeros y amigos, que nunca dicen una cosa bien dicha, han dado en llamarme Nicodemus Valiente: á los dos respondo.

—Bien; pues entonces, Nicomedes, desde hoy permanecerá V. en el cementerio desempeñando en secreto el cargo que le confío; mensualmente haré que le entreguen su pension y le comuniquen mis órdenes, no dando V. por su parte ni un solo paso para averiguar quién soy.

—Y cuando vuelva el conserje efectivo á desempeñar su puesto, ¿tendré que cedérsele y marcharme?

—No, por cierto; arréglese V. con él para que le permita vivir aquí hasta que yo disponga otra cosa.

—Será V. E. servida.

—Otra cosa: mañana mandaré á un negro con encargo especial de llevarse á Rosa-Pálida; creo que en esto no habrá inconveniente.

—Por mi parte, no; el conserje la tiene aquí recogida por caridad hace muchos años; ignoro si esta determinacion será de su agrado.

—Séalo ó no lo sea, me la llevo; si él ha hecho la caridad de mantenerla, yo voy á intentar la caridad de salvarla; así, pues, creo que lo mejor será no aguardar á mañana; ¿qué le parece á V., doctor?

—Nos la llevaremos; siempre es mejor de noche que de dia; así no llamará la atencion.

—Corriente. Ven, Rosa-Pálida, dijo Blanca acompañando el gesto á la voz.

La pobre idiota, que la miraba sin pestañear, comprendió inmediatamente, y levantándose, se acercó con humildad á la hermosa señora que se dignaba fijar en ella los ojos.

—¿Vé V. qué pronto obedece mis indicaciones?

—En efecto, nunca ha estado tan lista.

—Eso prueba que su inteligencia no está completamente amor-

tiguada, y en ese caso la curacion es fácil; ¿no es verdad, amigo doctor?

—Tal creo; prometiendo á V. E. trabajar con toda la fuerza de voluntad de que soy capaz, hasta conseguir un resultado favorable.

—Será un acto, no solo meritorio á los ojos de Dios, sino provechoso para la humanidad y para la ciencia, dijo la jóven dirigiéndose hácia la puerta despues de haber indicado á Rosa-Pálida que la siguiese.

El lacayo tenia abierta la portezuela; Blanca montó, el doctor la siguió y luego Rosa-Pálida, sin mostrar la menor estrañeza ni hacer resistencia ninguna, ocupó modestamente el asiento que la señaló la jóven.

—¡Adios..... noble señora!..... ¡el cielo premie sus generosas acciones! murmuró Nicomedes mirándola partir con pena, sintiendo no saber su nombre ni serle posible averiguarle, porque se lo habia prohibido.

—¡Silencio y discrecion!.... le repitió Blanca desde el coche con una última señal de despedida.

El conserje se inclinó.

Poco despues la carretela, arrastrada con rapidez por los vigorosos caballos, tomaba el camino que por la puerta de Toledo debia conducirla á Madrid.

Media hora mas tarde, estaban á la puerta de la casa de Marciana, en la calle de Embajadores.

Eran las diez.

Las nubes habian continuado apiñándose y empezaron á lanzar de su preñado seno cárdenos relámpagos.

Blanca se quedó allí y el carruaje volvió á partir, llevando á Rosa-Pálida y al doctor.

Marciana esperaba á lá jóven, cambiaron unas palabras en voz baja y entraron en el saloncito que ya conocen nuestros lectores. Aquella noche, como el calor se habia dejado sentir demasiado, no jugaban los jóvenes á la loteria y estaban entretenidos cerca de una roja que daba al jardin.

—¿Y Tránsito no ha venido? preguntó Blanca.

—Estuvo aquí al anochecer; la dije que se había V. E. casado, lo cual la sorprendió mucho; la entregué su carta y se marchó bastante desconsolada por la supuesta ausencia de V. E.; dijo Marciana.

—Que para ella será verdadera; porque no me verá mas.

—¡Pobre señorita! ¡y es tan buena!...

—¡Mucho! yo la quiero con el alma; pero como se ha hecho creer á Ildemaro que me he casado, conviene que ella tambien lo crea, puesto que han de verse y tratarse en lo sucesivo con intimidad.

—Me preguntó por él con mucho interés; se conoce que está apasionada, y la prometí que vendria el domingo, que es el santo de mi Ernesta; entonces me ofreció venir ella tambien para informarse de su salud.

—Bien, ¿y qué tenemos de D. Severo?

—La mejor ocasion del mundo: mañana se marcha á una casa de campo que ha comprado junto á la quinta de la Retama; allí permanecerá dos ó tres dias, entretanto se hará la puerta secreta.

—¿Se lleva á Renata?

—Creo que no, segun acaba de decirme Aleja.

—¿Quién es Aleja?

—La tia Lentejas; nadie la conoce por su nombre propio.

—Ignoraba cómo se llamaba; y á propósito: ese nombre me recuerda cierta aventura que oí referir no hace muchos dias á un honrado burgalés.

—Acaso sea la misma que á ella le sucedió hace veintin años, y que me ha referido con todos sus pormenores.

—¿Anda en ella una encubierta que tuvo un hijo, y un cierto conde del Olivo?

—Justamente, la misma.

—¡Oh! ¡entonces ya tengo el cabo de esa enredada madeja! exclamó Blanca con alegría.

—¡Qué casualidad! murmuró Marciana.

—¿Y sabes tú quién es aquel niño?

—No, señora.

—Es Ildemaro; de aquel drama misterioso, ya tengo á casi todos los personajes: al niño, al padre, á la vieja y al burgalés, que fué testigo. Ahora me falta la madre, que me afano por encontrar ó descubrir su nombre siquiera.

—¡Válgame Dios! ¡qué misterios hay en el mundo!.... ¡cómo me habia yo de figurar que Ildemaro es jóven de historia!

—Silencio sobre ello; y vamos á otra cosa. ¿Está avisada Marciana?

—Espera á V. E. á la hora indicada.

—Bien; ¿y sabes si tengo aquí carruaje?

—He oido la señal hace un rato.

—Pues, adios; me voy al palacio de Blancarosa; cuida de Renata y avísame cuando esté la puerta.

—Descuide V. E., que así lo haré.

Blanca se despidió de los jóvenes con una inclinacion de cabeza, y saliendo á la calle, montó en la carretela, que á una señal de Marciana, apareció en la esquina próxima.



CAPITULO III.

La casa funesta.



BLANCA se dirigió á la calle del Rosario, donde estaba situado el palacio de Blancarosa; entretanto, si nuestros lectores lo permiten y gustan acompañarnos, iremos nosotros á una casa de la calle de Lavapiés, con objeto de tratar un poco de cerca á varios personajes que no son estraños á nuestra narracion.

Hácia la mitad de la calle, estaba la casa citada; componíase de piso bajo y taberna, todo junto, principal y segundo. La puerta de la taberna estaba cerrada, porque acababan de dar las once; sin embargo, la que comunicaba con el portal se veía abierta, y al través, en la primera pieza, jugaban y bromeaban una porcion de personas, produciendo un ruido insoportable.

La escalera que conducia al piso principal era estrecha, sucia y mal alumbrada por un farolillo de hoja de lata con los vidrios rotos, que estaba colgado en la meseta del primer tramo, de modo que alumbrase tambien el portal.

Dejemos á los bebedores entregados á su bulliciosa zambra y su-

bamos al cuarto principal, donde tambien habia reunion, pero de distinto género, porque se componia de personas al parecer decentes y entre las que no corria el vaso y la botella de manó en mano, si bien no dejaban de manejar los naipes y el dinero, que aparecia y desaparecia sucesivamente en el tapete verde de bayeta que cubria la mesa y en el bolsillo de los jugadores.

Varias personas se entregaban con desenfrenado ardor al abominable vicio del juego; entre ellas habia dos á quienes nuestros lectores conocen muy ligeramente y de las cuales voy á presentar algunos antecedentes.

Ante todo y para el perfecto conocimiento de los personajes, diré sus nombres y sus circunstancias.

El uno era jóven, de figura agradable y simpática; hermosos ojos negros y morena tez. Su estatura era mediana, mas bien baja que alta. Su negra cabellera rizada y perfumada con esmero, y el aire elegante y distinguido de su persona revelaban á primera vista á un caballero de buen tono; pero su conversacion viva, sus chistes de mal género, su atolondramiento y su poco juicio le denunciaban como un calavera de primer órden.

Se llamaba Clodomiro Perez, y era el primogénito del marqués de Blancarosa.

El otro era el que nuestros lectores han conocido, si bien por referencia, con el apodo de Tragabombas, nombre que le daban solamente los antiguos amigos; pues él, desde que era rico, á costa del bolsillo de D. Severo y de otras industrias, se hacia llamar don Tadeo Rompelanzas.

Estaba vestido en traje de caballero: levita, corbata y chaleco negro; pantalon idem; bota de charol; ostentando orgullosamente una riquísima cadena de oro, de la cual pendia un precioso reloj de gran precio.

Sin embargo de su elegancia, este traje parecia como que se le despegaba, no se habia hecho para él; formando un marcadísimo contraste con sus maneras bruscas y poco en armonía con el papel que representaba.

Él era el jefe allí, ó por mejor decir, el amo de la casa; por lo

tanto, en el juego pagaba y cobraba; siendo el encargado de tallar un repugnante viejecillo á quien llamaba tío, y los demás concurrentes D. Júdas Cataratas, y que se hallaba sentado enfrente de él.

La figura de este viejo no tenia nada de particular; flaco, larguirucho y enteramente calvo, demostraba en el aire abatido de su fisonomía, que disgustos y graves padecimientos morales le habian hecho envejecer antes de tiempo, conduciéndole á un abismo del que no tenia bastante fuerza de voluntad para salir.

Los demás jugadores nos son indiferentes, á escepcion de un jóven pálido con cabellos de oro, íntimo amigo de Clodomiro, que se hallaba á su lado, pero sin jugar, porque ya no tenia un maravedí que poner sobre la mesa.

—¿Nos vamos? le decia por lo bajo á Clodomiro; mira que son las once, y nos esperan.

—Espérate un poco, amigo Temistocles, le dijo en igual tono.

—Si no te vienes, me voy, le contestó el llamado Temistocles.

—Voy á poner la última onza, á ver si me llevo todo ese dinero.

—¿Y si la pierdes?

—Entonces dejaré el reloj empeñado, por no marcharme sin dinero, y nos iremos.

Hizo lo que decia; pero la fortuna le fué contraria; á poco rato se quedó sin la onza.

Entonces se levantó.

—¿Ya se vá V., señorito? le dijo D. Tadeo Rompelanzas.

—Sí; me esperan á las once, y no puedo faltar.

—Pues vaya su merced en hora buena, y la Magdalena le guie, le dijo con un marcado acento andaluz.

—El caso es que he perdido todo mi dinero y voy á necesitar enseguida veinticinco ó treinta duros.

—Señor marqués, le contestó D. Tadeo: V. sabe que mi bolsillo está á su disposicion; venga prenda, y allá van los quinientos reales.

—Aquí está mi reloj.

—Corriente; vaya V. con Dios.

—Mañana volveré á recogerle.

—No hay prisa; aquí está seguro.

—Ya lo sé; por eso le dejo. Adios.

—A la orden de V., contestó D. Júdas inclinando ligeramente la cabeza.

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches, contestaron al atento saludo de los dos jóvenes todos los concurrentes, continuando en su tarea.

Clodomiro y Temistocles salieron de la sala.

Una criada vieja y desmelenada abrió la puerta de la habitacion, alumbrando con una escasa vela de sebo puesta en una palmatoria de barro.

Los dos jóvenes se encontraron en la escalera; pero en igual de bajar á la calle, subieron al piso segundo.

Los dejaremos allí en tanto que damos un vistazo por la taberna del piso bajo, la cual nos interesa conocer por los sucesos posteriores que en ella han de tener lugar.

Era poco mas ó menos como todas las tabernas de Madrid, lupanares infectos y asquerosos, que por el bien propio de la conveniencia y de la moral pública, debian verse suprimidos.

¡Cuántas familias perdian allí su honra, su fortuna y su felicidad!.... ¡Cuántos hombres trabajadores y sensatos en sus casas, empezaban á viciarse á esos centros de corrupcion, concluyendo por pervertirse completamente!.... ¡Y cuántos crímenes se escusarian si allí no se reuniesen personas exaltadas por los licores, por su mala índole y sin el freno de la educacion para contener el escándalo que pudieran producir sus malas pasiones!....

La habitacion componíase de cuatro piezas muy desahogadas, capaces de contener cómodamente veinticinco ó treinta personas.

Mal alumbradas por quinqués de aceite que despedian un tufo insoportable, é impregnada la atmósfera de los vapores del vino y de los que exhalaban la multitud de personas allí reunidas, hacía que se respirase en aquel cuarto un aire meffítico é insalubre.

El amo de la casa, Juan Cortante, era conocido con el apodo de

Chupasangre, desde el año 34, en que pretendió él solo, ó por lo menos así lo decia, beberse toda la sangre de los frailes que se albergaban en los conventos.

De sus escesos y de los crímenes que cometió en aquel dia fatal, resultó que le mandasen á Ceuta por diez años, de donde volvió tan malo ó peor que era.

No tenia profesion ni oficio y se reunió con los toreros, desper-tándose en él tal afición tauromáquica, que en breve le hizo ser uno de los mejores diestros que lidiaban en la plaza de Madrid.

Oigámosle á él mismo. Sentado enfrente del mostrador, donde su muger despachaba, se hallaba rodeado de sus compañeros en la heroica lid de matar toros.

—¡Ea! ¡muchachos!.... ¡no hay que hablar!.... ¡donde está Juan Cortante, calle el mundo! Yo, por la gracia de Dios y de mi patrono S. Badulaque, soy el mejor torero que se pone *elante* un toro. ¿Hay quién me dispute lo contrario? Que se presente el mozo de calía que no piense como yo. ¡Sonsoniche! todos callan; luego tengo razon; bien lo sé, soy el mejor torero que pasea por *Madri*.

Todos callaban, no atreviéndose ninguno á disputar la primacia en el arte del toreo á un hombre que era capaz de sostenerlo con sus puños, dejando bien puesto su pabellon con un solo bofeton que plantase en la cabeza del mas fuerte.

En efecto era un hombre-ton, si bien pequeño, muy fornido y vigoroso, con una musculatura asombrosa y unas fuerzas hércúleas. Con una sola mano se comprometia á sujetar un toro; prueba que quiso ejecutar varias veces, pero que no llegó el caso de ponerla en práctica.

Vestia como los demás chulos, trage de majo andaluz, llevando como distintivo en el pañuelo de seda que le servia de corbata un rico anillo de brillantes.

Su muger era una garbosa morena, con todo el aire de una manola de Lavapiés, aficionada al toreo tanto como su marido. Ella la primera se presentaba en la plaza, animando desde su asiento á los toreros con toda clase de visajes y contorsiones. Aunque los viese en peligro de muerte, no dejaba de gritar:

— ¡Ah! ¡cobardel!... ¡si no sabes ser torero, quítate de enmedio, y bajaré yo!... el que no sepa su obligacion, ¡á la calle!... ¡Ea, *seor* ramplon! apártese V. y deje el puesto á Juan Cortante, el rey de los toreros!... ¡allá vá!...

Con estas y otras exclamaciones aturdió á cuantos tenían la desdicha de estar á su lado; siendo su boca una taravilla descompuesta, que no dejaba de hablar en toda la tarde.

Quando se hallaba en su taberna, se ponía detrás del mostrador como una reina en su trono, vestida con ricos trages de farfalares y pañuelos bordados, que anudaba en su espalda, para que no la molestasen en el continuo ejercicio del despacho.

Allí acudían diariamente toda casta de pájaros; sin embargo de que la puerta de la calle estaba ya cerrada por lo avanzado de la hora, se encontraba la taberna casi llena.

En la primera pieza los toreros y Juan Cortante bebían y disputaban hasta mas no poder; en la segunda, cuya puerta de escape comunicaba con el portal, había varios hombres al parecer trabajadores, que cenaban con demasiada tranquilidad para lo que se acostumbraba en aquella casa; entre ellos estaban los hijos de Marciana y Diminuto, con quien habían hecho conocimiento, segun las órdenes que recibieron de Blanca, trasmitidas por Marciana.

En otra mesa inmediata á la suya estaba medio dormido un negro de gran figura y astuta mirada, que revelaba desde luego una inteligencia superior.

Nuestros lectores le conocen, era el administrador de Blanca la Estranjera. Delante tenia una botella de Jerez medio vacía.

Sin duda esperaba á alguno que no acababa de llegar, porque mas de dos veces se le vió mirar con impaciencia á la puerta del portal, haciendo despues como que se dormía; pero en realidad prestando toda su atencion á lo que hablaban los ebanistas en la mesa inmediata.

—Pues yo desde que le ví á V. entrar, le conocí, decia á Diminuto, Federico, uno de los hijos de Marciana.

—Y yo tambien, añadió el otro hermano; enseguida le dije